

DOSSIER
HOMOSEXUALIDADES

Homoerótica entre líneas. La «degradación moral» del soldado francés (1879-1914)

Jordi Luengo López

Universidad Pablo de Olavide, Sevilla

Resumen: Desde el año 1879, momento en que se implantaba en Francia un régimen fundamentalmente parlamentarista, hasta el inicio de la Gran Guerra, se publicaron varias obras literarias que expusieron la degradación moral del ejército francés, dejando entrever las ocultas tendencias homoeróticas de algunos de sus miembros. La prensa española se hizo eco de su impacto en la sociedad de la Tercera República, aunque, en realidad, no sirvieron sino de acicate para poner en entredicho la masculinidad del soldado francés, las desviaciones sexuales en el seno del ejército y la condena de la homosexualidad en los tribunales militares.

Palabras clave: homosexualidad, soldado francés, *Sous-offs*, Lucien Descaves, prensa española.

Abstract: Between 1879, when an essentially parliamentary regime was established in France, and the beginning of the Great War, several literary works were published exposing the moral degradation of the French army, suggesting hidden homoerotic tendencies among some of its members. The Spanish press echoed their impact on the *Troisième République* society, although in reality, they only encouraged the questioning of the French soldier's masculinity, sexual deviation in the Army and the condemnation of homosexuality in the military courts.

Keywords: homosexuality, French soldiers, *Sous-offs*, Lucien Descaves, Spanish press.

Contextualización al soldado francés en otra *belle époque*

La *belle époque* de la Tercera República, especialmente su etapa radical (1898-1914), coincide con el periodo conocido como *Belle époque*, aunque son otros los matices que asocian a una y otra acepción. Con todo, existe, entre ambos periodos, un denominador común, no siendo éste otro que el de la libertad.

Durante los primeros gobiernos de la Tercera República, Jules Ferry (1832-1893), líder de los republicanos oportunistas frente a los radicales de Georges Clemenceau (1841-1929), primero como ministro de Instrucción Pública (1879-1881 y 1882) y luego como presidente del Consejo de Ministros (1880-1881 y 1883-1885), se encargó de la aplicación de nuevas leyes donde la educación y la libertad, individual y colectiva, serían los principales ejes sobre los que éstas se fundamentarían. El objetivo principal de Ferry era instaurar una escuela republicana que formara a ciudadanos ejemplares y, con este fin, venciendo a la resistencia católica, logró implantar en Francia un sistema de enseñanza pública laica, obligatoria y gratuita¹. La educación era la base para la difusión de los ideales republicanos, pero por encima incluso de ésta se encontraba la libertad. De esto dio fe la concesión de la libertad de prensa, en 1881; la sindical, en 1884, y la libre elección de los alcaldes por Consejo Municipal, también en 1884, aunque París estaría bajo la tutela de su prefecto hasta 1976. También lo hizo, ya desde una dimensión individual, la aprobación del divorcio por consentimiento mutuo, en 1884, o la libertad de funerales, en 1887. Toda una serie de medidas que contribuyen a que esta etapa intermedia de la Tercera República adquiera el distintivo de *belle époque*. Este periodo, además, se encuentra dotado de una especial significación e importancia porque, en él, se dejará entrever que, más allá de la instauración de todas estas libertades sociopolíticas, en el ejército, también cristalizó otra libertad de índole sexual donde la homosexualidad fue una de sus más sugestivas muestras.

¹ Un sistema de educación que, sin embargo, dejaba a las mujeres en un segundo plano. Véase Paul ROBIQUET: *Discours et opinions politiques de Jules Ferry*, t. I, París, A. Colin, 1893-1898; citado por Jean HOUSSAYE (coord.): *Cuestiones pedagógicas: enciclopedia histórica*, Madrid, Siglo XXI, 2003, p. 321.

Sin embargo, a nivel económico, no podemos considerar tan «hermoso» dicho periodo, ya que el 8 de mayo de 1872, Europa sufrirá la crisis económica más importante del siglo XIX. Su origen fue la quiebra de varios bancos austriacos, que, por efecto dominó, terminaron arrastrando al resto de países de Europa. En Francia, el Crédito Hipotecario se verá muy afectado, especialmente en París, lo cual repercutirá a su vez en la industria, cuya producción descenderá considerablemente². A este suceso se le suma, en 1875, la pérdida del control del Canal de Suez, viéndose obligada Francia a compartirlo con Inglaterra, quien, gracias a la ayuda de la casa banquera Rothschild, había comprado el resto de acciones al virrey de Egipto.

La *Belle époque*, expresión acuñada tras la tragedia de la Gran Guerra, coincidirá con la salida de esta crisis, la cual se disipará completamente en 1895, cuando la transformación económica se verá enriquecida por el fomento del capitalismo, los descubrimientos científicos y tecnológicos, y la expansión del imperialismo. Todos estos avances también contribuirán a una mejora substancial a nivel cultural, siendo la más clara manifestación toda la producción que cristalizó desde el seno del espíritu libre y contestatario de la *Bobème* parisina.

Para contextualizar la situación del ejército de la *belle époque* de esta tercera etapa republicana de Francia, cabe mencionar dos ejemplos sumamente representativos, los cuales nos permiten ofrecer cierta introducción a la atmósfera que se respiraba en aquellos años: el *affaire Dreyfus* y el caso del general Boulanger.

El capitán Albert Dreyfus (1859-1935), de origen judío-alsaciano, fue acusado de espionaje en 1894 por haber entregado a los alemanes documentos secretos. Bajo el mandato del entonces ministro de Guerra, Auguste Mercier (1833-1921), Dreyfus será condenado a trabajos forzados a perpetuidad en la Isla del Diablo en la Guyana francesa. En 1895, el coronel George Picquart (1854-1914), jefe del contraespionaje francés, apuntó que la responsabilidad de la traición recaía sobre Esterházy y no en Dreyfus, pero su denuncia no tuvo ningún efecto positivo, puesto que las

² La industria siderúrgica, por ejemplo, sufrirá una caída de hasta el 20 por 100, no pudiéndose recuperar hasta 1878, siendo este dato sumamente significativo para constatar la dimensión de la crisis europea. Véase Gabriel LOIZILLON: *Les frères Bureau-Varilla et le Canal de Panamá*, París, Editorial Digital Lulu, 2008, p. 17.

altas esferas del ejército no estaban dispuestas a admitir tan grave error judicial. No fue hasta julio de 1897, que, después de haberse entrevistado con la familia del ya relegado capitán, el vicepresidente del Senado, Auguste Scheurer-Kestner (1833-1899), terminó por reconocer, tres meses después, estar convencido de la inocencia del capitán, y el hermano del condenado, Mathieu, denunció al oficial Ferdinand Walsin-Esterházy (1847-1923) ante el Ministerio de Guerra como verdadero responsable de los actos de espionaje. Sin embargo, contra todo pronóstico, el verdadero culpable fue absuelto y Dreyfus, después de un segundo proceso, volvió a ser condenado a pesar de las numerosas protestas que en su favor se generaron en toda Francia. Gracias al apoyo de personalidades de renombre, como el del escritor Émile Zola (1840-1902)³ o el del por entonces periodista George Clemenceau, diez días más tarde de este veredicto, el 19 de septiembre de 1899, el militar recibió el indulto por parte del presidente de la República, Émile Loubet (1838-1929). El caso Dreyfus, no obstante, continuaría dando de qué hablar hasta julio de 1906, momento en el que la Corte de Casación reconocerá oficialmente su inocencia, rehabilitándole y reintegrándole al ejército con el rango de comandante y nombrándole Caballero de la Legión de Honor.

El caso Dreyfus demuestra el enfermizo nacionalismo y antisemitismo que había en muchas esferas de la sociedad francesa, y muy especialmente en el plano militar, durante los primeros años de esta *belle époque* republicana. Sin duda, una de las figuras que reafirman esta convicción es la del general Georges Boulanger (1837-1891). Este militar fue conocido por las capas populares con el sobrenombre de *Général Revanche*, dado que entre sus planes estaba el iniciar una nueva guerra contra el Imperio alemán, para así recuperar el honor del pueblo francés perdido en 1870. Boulanger, tras un breve periodo como ministro de Guerra, desde enero de 1886 hasta mayo de 1887, con su discurso belicista, se creará firmes enemigos entre las filas de los oportunistas.

³ Especialmente con su artículo publicado el 13 de enero de 1898 en el periódico *L'Aurore*, cuyo título fue el de «J'accuse...!», donde defendía manifiestamente que el capitán Albert Dreyfus era inocente. Este texto, según Michel Winock, puede considerarse como el nacimiento de la izquierda intelectual francesa, ya que, con él, Zola consiguió reunir un considerable número de firmas. Véase Michel WINOCK: *Nationalisme, antisémitisme et fascisme en France*, París, Seuil, 2004, p. 167.

tas, que lo veían como una seria amenaza para la estabilidad de la República⁴. Boulanger será destituido del Ministerio y remplazado por Théophile Ferron (1830-1894), a raíz del *affaire Schanæbelé*, cuyo entramado consistía en el rapto de un comisario de la policía francesa de origen alsaciano, Guillaume Schanæbelé (1831-1900), el 20 de abril de 1887, por parte de dos policías alemanes disfrazados de jornaleros, y que el general utilizó como acicate para hacer todavía más tensas las relaciones entre Francia y Alemania. Con todo, y pese a su relegación, el general tenía los suficientes seguidores para dar origen al movimiento del *boulangisme*, que, en 1891, terminará por disolverse con la huida del militar a Bélgica y su inmediato suicidio.

Es bajo este panorama que, en 1889, aparecerá *Sous-offs, roman militaire*, obra escrita por Lucien Descaves (1861-1949) donde se denunciaba la progresiva «degradación moral»⁵ del ejército francés por los múltiples «vicios» a los que estaba expuesto —siendo la homosexualidad uno de ellos— y a la que haremos múltiples alusiones en el transcurso de este estudio.

A lo largo de esta *belle époque*, el valor moral de los soldados franceses se ponía en entredicho⁶, no sólo como consecuencia de los resultados obtenidos durante los primeros años de la Tercera República, sino sobre todo debido a las críticas de periodistas y literatos, quienes, basándose en su propia experiencia, habían denunciado públicamente la vida disoluta que los soldados llevaban en las casernas de instrucción e incluso en las prisiones donde, en teoría, se corregía su comportamiento. Ante esta atmósfera de duda y desencanto, algunos oficiales empezaron a escribir, como bien podían, para defender la moral de sus soldados.

Uno de estas aportaciones fue la del teniente coronel Charles de La Chapelle, quien, en 1894, escribió un ensayo sobre el ejército francés. El oficial aseguraba que el soldado francés llevaba en sí «la representación de todas las clases de la sociedad», por lo que era más fácil comprender que el secreto de la victoria residía más bien en la instrucción y educación del soldado que en el perfeccio-

⁴ Bertrand JOLY: *Nationalistes et conservateurs en France, 1885-1902*, París, Indes Savantes, 2008, p. 29.

⁵ Jacques DUVALDIZIER: «Monografías críticas. Los grandes novelistas franceses. Lucien Descaves», *Cosmópolis*, 34 (1921), p. 303.

⁶ ANÓNIMO: «La moralidad de un veterano», *El Correo Militar*, 810 (1883), p. 3.

namiento y el aumento de material bélico⁷. Para el autor, el valor moral del ejército francés de entonces no había sido nunca tan vivo, sobre todo si lo comparáramos con el de años atrás, cuando, según el mismo, la «educación militar» había sido sumamente defectuosa. La base de esta educación, según *El Correo Militar*, se basaba en el deseo de gloria, la abnegación, el culto a la bandera, la disciplina, la valentía y el desprecio a la muerte. Un conjunto de virtudes que tenían como fin último la consecución de una firme moralidad, sin la cual el ejército se convertía «en vicioso y afeminado»⁸. Sin estos preceptos morales, los soldados perdían su masculinidad y, en consecuencia, no germinaba ninguna cualidad digna y noble. Además, un año antes, De la Chapelle había hecho el mismo estudio con el ejército alemán⁹, *L'Armée allemande en 1893*, donde contemplaba sus soldados como modelo a seguir por todos los países de Europa. Con todo, esta inevitable comparación entre los dos ejércitos, indudable fruto de la todavía reciente guerra franco-prusiana, ya llevaba siendo tratada desde hacía algunos años a raíz de las reiterativas intervenciones del general Boulanger.

Otro coronel, esta vez alemán, llamado C. Koettschau, en 1887, escribió *La prochaine guerre franco-allemande*, obra que había sido traducida por otro militar francés llamado Saint-Cyr, donde se exponía la idea que merecía a los alemanes la organización militar francesa y el resultado que traería consigo una segunda guerra entre ambos países. Koettschau mencionaba dos obras anónimas redactadas por militares franceses, desde las cuales basaba sus conocimientos sobre el temperamento del soldado del país vecino. El primero de estos libros era *Avant la bataille*¹⁰, un manuscrito de más de quinientas páginas dedicado a la Liga de Patriotas, donde se exponía el firme convencimiento de que Francia estaba muy bien preparada para combatir a Alemania, dado que el soldado francés era el mejor del mundo. Esto era así porque la disciplina

⁷ Charles DE LA CHAPELLE: «El Ejército francés», *El Correo Militar*, 5.569 (1894), p. 1.

⁸ O. C. C.: «La educación militar», *El Correo Militar*, 4.728 (1891), p. 1.

⁹ N. M.: «El ejército alemán en 1893», *El Correo Militar*, 5.233 (1893), pp. 1-2.

¹⁰ Es posible que su autoría recayera sobre Maurice SCHWOB (1859-1928), quien, en 1904, publicó un libro con el mismo título, además de haber escrito otro, *Le danger allemand*, en 1896, donde la temática en ambos expuesta era muy similar a la de los manuscritos aludidos por C. Koettschau.

bajo la que éste se formaba no era la de sumisión a los superiores, sino aquella que se moldeaba conforme a su carácter ejemplar. El segundo de los libros llevaba el explícito título de *Pas encore* y era una réplica al primero, el cual, según Koettschau, había sido redactado por orden del general Boulanger para retrasar el combate entre ambas naciones, aunque también ensalzaba las virtudes morales del soldado francés. La réplica del autor alemán era simple y, al mismo tiempo, mucho más inteligente que el discurso de los otros dos autores: el soldado alemán no era el ideal del soldado en sí, como pretendían asegurar de los franceses en las dos obras antes aludidas, y eran conscientes de que estaban lejos de la perfección, por eso seguían trabajando para mejorar cada día¹¹.

Higiene e inspección a la virilidad del soldado francés

Independientemente de la nacionalidad a la que perteneciera, el imaginario colectivo solía conceder al soldado toda una serie de atributos físicos, y sobre todo morales, la no adecuación de los cuales implicaba una drástica ruptura con el ideal de masculinidad. Desde el periodo de la Ilustración, el discurso patriarcal había establecido un sólido modelo diferencial de funciones y espacios a partir del sexo de los individuos. La razón, la cultura y lo público quedaban como propio de lo masculino, mientras que el sentimiento, la naturaleza y lo privado eran manifiestamente intrínseco al ámbito femenino. Esta teoría adquiriría especial relevancia a través de las corrientes eugenistas, en las que no sólo se ratificaba la división funcional de los individuos a partir del sexo al que pertenecieran, sino que además se proponían nuevas técnicas para mejorar a quienes los conformaban¹². El mundo militar no sólo era parte constituyente del universo masculino, sino que era el eje de fusión donde las cualidades físicas y morales de los hombres se unían en la esfera de lo público. Desertar del ejército significaba abjurar de sus obligaciones como hombres, cuyas premisas básicas, según el discurso patriarcal, no habían sido acuñadas por ningún sistema legislativo, sino por la propia naturaleza. En ese sentido, un antipatriota

¹¹ ANÓNIMO: «La próxima guerra», *El Correo Militar*, 3.968 (1888), p. 2.

¹² Richard CLEMINSON: *Anarquismo y sexualidad (España, 1900-1939)*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la UCA, 2008, p. 141.

se equiparaba a un «sodomita», puesto que sus inclinaciones de espíritu iban contra natura. En octubre de 1906, *La Correspondencia militar* ratificaba esta hipótesis al exponer cómo había de verse a todo hombre que actuara sin respeto hacia su patria: «El antipatriota por convicción o por snobismo (que es el caso más frecuente) es un criminal *contra natura*; es el sodomita del sentimiento; es el representante genuino del error basado en el error, conducido por el error y precipitado por el error en el abismo del error»¹³. No había ofensa más dañina para la sociedad que la desertión de un soldado, así como no existía mayor aberración contra natura que la sodomía. Sin embargo, tras la explícita referencia a la «sodomía del sentimiento», puede interpretarse que, más allá del acto físico que comportaba dicha práctica, en realidad era mucho más punible acercarse a esas tendencias que, a través del deseo y del sentimiento, conducían a los hombres al rol funcional ideado para las mujeres y ser tachados de «afeminados».

La Correspondencia Militar iría incluso más lejos al asegurar que la luz del sol no era la misma para los «verdaderos hombres» que para los afeminados, ya que éstos salían a la calle restregándose los ojos y, tambaleándose de debilidad nerviosa, de cansancio, de desgaste físico y sobre todo moral. Mientras, para los hombres fuertes, aquellos que conservan toda la disciplina de higiene y de sentimientos —aparentemente aprehendidas en el ejército—, el sol acrecentaba su vigor, sus ojos brillaban y la alegría del vivir inundaba todo su ser, haciéndoles capaces para las más arduas empresas¹⁴. Tampoco creía este periódico que su constitución física fuera la misma entre unos y otros, ya que los hombres afeminados tenían menos sal en su organismo que los que no presentaban esta «anomalía temperamental»¹⁵. Empero, la enfermiza debilidad atribuida a los soldados que se alejaban de la normativa masculinidad no estaba bien fundamentada, ni a nivel médico, ni mucho menos lógico.

Esta evidencia quedaba de manifiesto en la *Revista de Sanidad Militar*, en julio de 1912, en la que se enumeraban las causas que generaban las enfermedades de los soldados franceses, las cuales habían sido precisadas a partir de las investigaciones del doctor

¹³ ANÓNIMO: «Aire fresco», *La Correspondencia Militar*, 8.765 (1906), p. 1.

¹⁴ ANÓNIMO: «El despertar...», *La Correspondencia Militar*, 5.706 (1906), p. 1.

¹⁵ ANÓNIMO: «La sal en las mujeres», *La Correspondencia Militar*, 10.619 (1912), p. 3.

M. Labit en marzo de ese mismo año, publicadas en los *Archives de Médecine et de Pharmacie Militaires*. Este médico consideraba que uno de los principales causantes de las deficiencias que pudieran surgir en la higiene del ejército francés se hallaba en la ley de reclutamiento de 21 de marzo de 1906¹⁶, aprobada bajo el entonces ministro de Guerra Louis André (1838-1913). La reducción del servicio militar activo, su entrenamiento y el que cada vez entraran más jóvenes en el mismo llevaban consigo que su disciplina, resistencia y moral no fueran las propias de los hombres que iban a defender la patria. Además, desmentía la opinión de otros médicos militares, como M. Delorme, que sostenían que el ejército era el foco desde donde las enfermedades contagiosas se difundirían entre la población. Labit consideraba que la propagación de cualquier epidemia del cuartel al medio urbano era mucho más perjudicial que la propagación a la inversa, porque, tan pronto aparecían los primeros casos entre militares, se aislaba y se desinfectaba cuidadosamente el cuartel. Por esa razón, aquellos soldados que vivían de un modo más directo con la población eran quienes corrían más peligros de contagiarse, sobre todo al reducirse el periodo del servicio militar y por la cada vez más frecuente tendencia a concederse licencias y permisos entre los soldados jóvenes¹⁷. En realidad, el doctor Labit no iba tan desencaminado al denunciar la iniciativa de reducir el «compromiso» con el ejército, la cual ya había tenido sus referentes con la instauración de la ley de Niel en 1866.

Las múltiples salidas que realizan los suboficiales de la caserna al burdel son una de las más destacables pinceladas dentro de los pasajes de *Sous-offs*, siento éstas tan numerosas que llega un momento en que Descaves consigue transmitir la impresión de que un espacio sucede al otro sin apenas distinguirse. Debido a esta exposición de las costumbres militares, el 24 de enero de 1890, Descaves y sus editores, Tresse et Stock, fueron conducidos a la Audiencia de lo Criminal (*Cour d'Assises*)¹⁸, donde, en la requisitoria del abogado ge-

¹⁶ Frantz DESPAGNET: *Précis de droit international privé*, París, L. Larose & L. Tenin, 1909, p. 404.

¹⁷ J. P.: «Las causas de las enfermedades en el soldado francés», *Revista de Sanidad Militar*, 18 (1912), p. 1.

¹⁸ Albert Bataille, redactor de *Le Figaro*, escribía un resumen de este proceso, el cual aparecería en la sección de «Gazette des Tribunaux», siendo una excelente introducción a lo que un año después Descaves publicaría en forma de libro. Véase Albert BATAILLE: «Gazette des Tribunaux», *Le Figaro*, 75 (1890), pp. 2-3.

neral Rau, se demostraba que la comparación entre el soldado y la prostituta era una constante en todo el volumen¹⁹. Para el autor, el soldado francés vivía entre dos tipos de prostitución, la que experimentaba en el cuartel y la que disfrutaba en la casa de lenocinio, siendo la inspección de higiene el ceremonial de transición de una a la otra²⁰. La higiene era un modo de prevenir toda clase de infecciones y contagios en los cuarteles, pero también era una forma efectiva de comprobar la «virilidad» de los reclutas. *Sous-offs*, basada íntegramente en la experiencia de Descaves en el ejército, cuenta cómo los suboficiales despertaban a los recién llegados, sacándoles de la cama medio desnudos, para comprobar su constitución física y muy particularmente aquella parte del cuerpo que certificaba su hombría²¹. Lo curioso del relato es que fueran dos sargentos-mayores, Montsarrat y Petitmangin, quienes lo hicieran, y no por cumplir con las obligaciones intrínsecas al rango que ocupaban en su escuadrón, sino porque, a pesar de tener sus respectivas mujeres, ambos mostraban marcadas tendencias homosexuales. Tras cada inspección, como si fuera un lastre más a soportar entre los múltiples deberes del ejército, con evidente ironía exclamaban: «Ah! les sales bêtes, elles me font passer de bons moments tout de même»²². Un suspiro con el que dejaban entrever que, pese a tan ardua tarea, conseguían hallar algo de placer en sus responsabilidades, cuando, en realidad, este inventado protocolo no servía más que para satisfacer su voyeurismo.

Este deleite visual también lo llevarían hasta los meretricios, pero en este caso reservados a la prostitución masculina. Así pues,

¹⁹ Lucien DESCAVES: *Sous-offs en Cour d'Assises*, París, Tresse et Stock, 1890, p. 30. En su obra, Descaves hablaba de esta particular unión entre soldados y prostitutas del siguiente modo: «Ces deux êtres s'entendent comme compagnons parlant manique». Véase ÍD.: *Sous-offs, roman militaire*, París, Arthème-Fayard, Modern-bibliothèque, s.a. [1889], p. 35.

²⁰ *Ibid.*, p. 34. Más lejos iría el regeneracionista Constancio Bernaldo de Quirós (1873-1959), quien, años más tarde, siguiendo el informe de otro sociólogo apellidado Ascarelli, versado éste sobre las *Huellas digitales de las prostitutas*, ampliaría el marco relacional de las prostitutas al de los «invertidos sexuales», dado que los surcos de las yemas de los dedos coincidían en unos y otras. Véase Constancio BERNALDO DE QUIRÓS: «Criminología», *La Lectura*, 8 (1908), p. 469.

²¹ Así lo relataba Descaves al describir el hábito de estos dos suboficiales: «Quelque fois, ils descendaient à un examen plus profond, à la constatation d'une virilité manifeste, sur laquelle ils appelaient grossièrement l'attention du fourrier». Lucien DESCAVES: *Sous-offs...*, p. 34.

²² *Ibid.*, p. 18.

todas las tensiones que sentían los soldados en el cuartel, encontrarán su punto de fuga en el noctívago espacio urbano, donde no sólo se consumaba el deseo heterosexual, sino también la lascivia homoerótica habida en ellos. Havelock Ellis (1859-1939), aludiendo a los lugares destinados a esta otra prostitución, mencionará el local donde los dos sargentos solían acudir en compañía del Adjutant Laprévotte, teniendo el sarcástico nombre de *Aux Amis de l'Armée*²³. El poder que el ejército concedía a estos suboficiales les permitía propasarse con quienes tenían menor graduación y disfrutar de numerosas licencias y permisos para acudir a aquellos recintos de ocio nocturno donde podían dar rienda suelta a sus caprichos, los mismos que ya habían dejado entrever en el cuartel. En este sentido, Descaves podía dar a entender que el ambiente militar de la Francia finisecular, en cierto modo, amparaba y consentía este tipo de relaciones o bien se limitaba a ignorarlas. En otro pasaje de *Sous-offs*, en vísperas de la Fiesta Nacional, la noche del 13 de julio, Montsarrat y Petitmangin, mientras trabajaban en la decoración de una sala que se les había prestado para el evento, en un «momento de relax» empiezan a acicalarse mirándose en pequeños espejos que reposaban sobre las palmas de sus manos. Encima de ellos, colgadas en los muros, varias banderolas reproducían «les viriles exhortations» de las salas de armas: «Honneur et Patrie. —Respect aux maîtres. —Vaillance et discipline. —Ne touchez pas à la France [...] —Hommage aux belles. —Gloire à la vertu». Una vez más, Descaves, con una ironía casi burlesca, puso en tela de juicio los valores morales que supuestamente eran dignificados por el ejército. La *nostalgie de la boue*, la añoranza por el fango que caracterizó la decadencia finisecular de la era decimonónica, iba a ser una constante en estos individuos, que, por otra parte, tampoco sentían demasiada melancolía por aquello que entraba dentro de su cotidianidad. Y, en este caso, la higiene militar, independientemente de las leyes por las que se viera condicionada, nada podía hacer al respecto.

²³ *Ibid.*, pp. 322, 407 y 412; citado por Havelock ELLIS: *Sexual inversion. Studies in the Psychology of Sex*, vol. 2, USA, Reprofit LLC, 1933, p. 24.

Sous-offs en Cour d'Assises

En los albores de la Tercera República, en septiembre de 1870, el ambiente que se respiraba en Francia era marcadamente antimilitarista. La completa capitulación de los ejércitos imperiales en la guerra franco-prusiana tras la batalla de Sedan, la anexión de las regiones de Alsacia y Lorena al Imperio alemán, y la destrucción de las clases obreras revolucionarias en la supresión de la Comuna de París contribuyeron a que esta atmósfera se hiciera cada vez más densa e irrespirable²⁴. En España, *El Correo Militar* atribuía la derrota de la *grande armée* al hecho de que sus integrantes se habían «afeminado» durante los años previos al conflicto bélico²⁵. Los valores positivos del ejército se identificaban con la masculinidad de los soldados y, a su vez, se extrapolaban a la praxis política de la nación. Privar al ejército de Napoleón III (1808-1873) de esos valores significaba dar por hecho que la mala gestión militar realizada a lo largo del Segundo Imperio había alejado a Francia de la gloriosa presencia que tiempo atrás gozó en Europa.

Sin embargo, sus inicios no fueron del todo malos, ya que, desde la creación del Segundo Imperio, el 2 de diciembre de 1852, y la década que los siguió, el ejército francés, aparte de su notoria intervención en la Guerra de Crimea (1853-1856), continuará con la penetración iniciada en el reinado de Luis Felipe I (1773-1850) en Argelia y Senegal, e iniciará su expansión en Indochina, anexionándose, entre 1862 y 1867, Vietnam y Laos, y ocupando Camboya en 1863. Será a partir de 1862, con la intervención de las tropas imperiales en México, a fin de apoyar a Maximiliano de Habsburgo (1832-1867), archiduque de Francia, y su posterior derrota a manos de las guerrillas mexicanas, que empezará a sentirse ese malestar general por la política exterior de Napoleón III. Es ahí donde, siguiendo con el juicio de *El Correo Militar*, en 1884, podemos entender las atribuciones otorgadas al ejército francés con el mundo femenino. A partir de 1866, ya en plena etapa liberal del Segundo Imperio, tras el triunfo de las tropas prusianas en la batalla de Sadowa contra el Imperio austriaco y sus aliados, el emperador pro-

²⁴ Paul B. MILLER: *From revolutionaries to citizens: antimilitarism in France (1870-1914)*, Duke, Duke University Press, 2008, p. 12.

²⁵ ANÓNIMO: «Educación militar», *El Correo Militar*, 2.763 (1884), p. 1.

pone una reforma militar en la que se daría la instauración de la ley de Niel. Dicho precepto consistía en la modificación del reclutamiento militar, suprimiendo todo aspecto que tuviera el más mínimo ápice de injusticia o desigualdad social, como se suponía que llevaba consigo el sorteo o «les bons numéros», y a endurecer la formación de los soldados. Con la antigua ley militar, fechada en 1818, aunque trajo consigo grandes logros, las reservas del ejército eran muy limitadas²⁶ y la organización carecía de la efectividad de otros países²⁷. El servicio militar era de siete años y, en él, se permitía la venta de un sustituto que realizara el servicio de aquel a quien le había tocado por suerte. Las clases medias y altas pagaban a hombres de clase obrera o baja para que cumpliera con su deber, con lo que el ejército estaba constituido por soldados provenientes de los estratos más humildes de la sociedad. Con la ley del por entonces ministro de guerra, el mariscal Adolphe Niel (1802-1869), el servicio militar se redujo a cinco años, pero se mantuvo la posibilidad de sustitución. Todos los hombres que se hubieran librado del sorteo tendrían que servir en la recién constituida Guardia Nacional Móvil. Empero, en realidad, sólo hacían dos semanas de instrucción anuales y durmiendo en casa, por lo que de poco sirvieron los aproximadamente 400.000 soldados cuando, aun teniendo el moderno fusil Chassepot²⁸, se enfrentaron al 1.200.000 del ejército prusiano. Estas medidas podrían interpretarse como un acercamiento de los soldados al ámbito de lo doméstico, por lo que, tras la derrota en 1870, no es de extrañar que en la prensa extranjera se llegara a imputar la culpa de la capitulación a un cierto proceso de «afeminamiento» del ejército francés.

Este descontento, latente en el imaginario colectivo de la nación, quedaría igualmente de manifiesto en varias obras literarias donde podría constatarse ese viraje en la conducta sexual de los individuos dentro del seno militar. En este sentido, la obra que generó mayor indignación fue *Sous-offs* de Lucien Descaves. Cuando el autor francés escribió esta novela no era más que un sargento-

²⁶ J. LÁZARO: «El Ejército austríaco», *Heraldo de Madrid*, 8.701 (1914), p. 1.

²⁷ ANÓNIMO: «El Ejército francés», *La Época*, 11.233 (1883), p. 3.

²⁸ Ernest Denis señalará que, pese a la ventaja que tenía el ejército francés al disponer de este fusil, su distribución entre los soldados se realizó con una extrema lentitud, además de un deficiente aprovisionamiento de cartuchos para el combate. Véase ERNEST DENIS: *La fondation de l'Empire allemand, 1852-1871*, Leipzig, Nabu Press, 2010, p. 140 (la edición original es de 1906).

mayor que apenas le faltaban veinte días para ser oficial de reserva, pero el hecho de que expusiera abiertamente las costumbres habitadas en las casernas del ejército francés a mediados de febrero de 1890²⁹ le llevó a ser juzgado en la *Cour d'Assises* por injurias al estamento militar y ultrajes a las buenas costumbres. La pena no fue más allá de la destitución de su rango militar, según *Le Figaro* para «evitar hacer más ruido»³⁰, pero el descontento del pueblo francés había quedado de manifiesto a través del escrito del autor parisino. Desde España, el caso de Lucien Descaves, según podía leerse en la edición vespertina de *El Correo Militar*, aparecida el 21 de diciembre de 1889, se interpretó como una prueba más de lo fuertemente arraigado que se encontraba en el sentimiento general del pueblo francés, el amor al ejército y a la disciplina, y sobre todo a la idea de lo que debía ser un «buen soldado».

En *Sous-offs*, las alusiones a la homosexualidad, aun siendo en ocasiones más o menos claras, nunca fueron abiertamente denunciadas ni por la *Cour d'Assises*, ni tampoco por la prensa extranjera. Únicamente, como fue el caso de *El Correo Militar*, se limitaban a anunciar que la novela había provocado «justísimas protestas» al haber sacado a la luz «todos los vicios y todos los abusos que se albergan o pueden albergarse en los cuarteles»³¹. Entre las mencionadas faltas de rectitud y orden moral, aun sin hacerse explícito, se hallaban las íntimas relaciones que entre hombres existían camufladas en el ejército.

Sous-offs, empero, no era la única obra que en esos momentos generaba cierto estupor en París, ya que un folleto titulado *Français et Russes devant la triple alliance*, firmado por un supuesto capitán Hame Morin, también criticaba el cauce que estaba tomando el ejército francés. En este opúsculo, el autor trataba de demostrar que, si estallara una guerra ruso-alemana, Francia no debería intervenir a favor de Rusia. Sin embargo, la «temida» alianza franco-rusa

²⁹ Es importante señalar que cuando *Sous-offs* fue tachada de inmoral y de anti-patriótica, ya hacía varios meses que la novela se exponía en las vitrinas de muchas librerías. He ahí por lo que poco ha de extrañarnos que aproximadamente un mes antes, el 11 de enero de 1890, el *Journal des Débats. Politiques et littéraires* comentara que de nada servía llevar al escritor a la *Cour d'Assises* porque, aun siendo condenado, sus argumentos ya eran arduamente conocidos entre el imaginario colectivo. Véase ANÓNIMO: «Bulletin du Jour», *Journal des Débats*, s. núm. (1890), p. 1.

³⁰ LE LISEUR: «Paris au jour le jour», *Le Figaro*, 351 (1889), p. 2.

³¹ ANÓNIMO: «Comentarios», *El Correo Militar*, 4.459 (1889), p. 2.

cristalizaría en 1892, mediante un acuerdo financiero y militar que prevalecería hasta 1917, y con el que se acordaba que ambas naciones se apoyarían mutuamente en el caso de que fueran atacadas por alguno de los países de la Triple Alianza, constituida por el Imperio alemán, Austria y Hungría, y el Reino de Italia.

Con todo, y pese al aparente análogo impacto que sobre la sociedad francesa otorgaba *El Correo Militar* a ambos escritos, en realidad, al ser de orden moral la naturaleza de la denuncia de Descaves, directamente dirigida contra el zócalo espiritual del ejército francés, adquiriría un mayor rango de gravedad. Mientras, el texto del desconocido capitán Hame Morin, al margen de la importancia política y estratégica que tuviera en su momento, nunca se tomó en serio por considerarse una maniobra más del Imperio alemán.

Otras referencias literarias de una masculinidad en entredicho

Aunque no provocó tanta expectación como *Sous-offs*, el escritor anarquista francés Georges Darien (1862-1921), en 1890, escribió *Biribi, discipline militaire*. Darien se había alistado voluntario en el ejército el 16 de marzo de 1881, empero, poco después, debido a su insumisión, será enviado por treinta y tres meses a *Biribi*, con el objeto de formar parte de la *Compagnie de fusiliers de discipline*, ubicada en Gafsa, una de las veinticuatro gobernaciones de Túnez³². Es en aquel lugar que Darien, basándose en su experiencia, escribirá *Biribi*. En realidad, el libro fue terminado en 1888, pero su editor, Albert Savine (1859-1927), no lo editó hasta dos años más tarde, después de que pasara el proceso de Descaves por su novela *Sous-offs*. En España, *La Revista Blanca* publicó un fragmento del también anarquista Jean Grave (1854-1939), donde el autor exponía cómo había ido interrogando a sus compañeros sobre el nombre que debía de darle a su obra *Souvenirs d'un révolté*, que terminó siendo publicada en 1930 en la colección *Les Œuvres Représentatives* de la imprenta situada en la calle Vaugirard de París. Uno de los literatos a los que preguntó fue Lucien Descaves, quien le sugirió titularlo *Regeneración del ejército por medio del presidio*³³. Sorprende, no obstante, el hecho de que Descaves hubiera sugerido a Grave

³² Paul B. MILLER: *From revolutionaries to citizens...*, p. 18.

³³ J. GRAVE: «Los tiempos nuevos», *La Revista Blanca*, 160 (1930), p. 392.

esta posibilidad, si bien consideramos que Darien ya había demostrado un año después de la publicación de *Sous-offs* que el presidio tampoco era el lugar más adecuado para «regenerar» al ejército francés. Esto corrobora la poca repercusión que tuvo *Biribi* en su momento, sobre todo porque tanto su autor como su editor se preocuparon de que así fuera, con tal de evitar otro proceso.

La subordinación del ejército, según la crítica que realizaba la *Revista de las Prisiones* en 1901, se sostenía principalmente debido al terror que inspiraba el presidio, pero para conseguir intimidar a los penados era necesario endurecer las penas y no prolongarlas en el tiempo³⁴. La idea del presidio, para quien no hubiera realizado la condena, llevaba consigo el terror a lo desconocido, pero el condenado se familiarizaba pronto con su nuevo género de vida, en la que, en ocasiones, encontraba ventajas que no disfrutaba antes de perder la libertad. Sin embargo, la *Revista Blanca*, al hablar de las cárceles de Portugal, no ofrecía un lienzo tan positivo. Ygnis-Sulmen contaba que las cárceles de este país eran sucios cuartos donde, hacinados los hombres los unos sobre los otros, sufrían todo tipo de penalidades y donde la sodomía y el onanismo tenían fieles discípulos en las galerías de estos recintos. Insistía el redactor que, antes de acostarse, los presos solían exclamar: «¡Vamos a la guerra del mata-piojo!»³⁵. Esto era así porque, a altas horas de la noche, a la escasa luz de un candelero, «el espectáculo de seres humanos trágicamente tendidos y amontonados entre sí produce la impresión de un sueño de guerra, viendo trozos humanos por doquier»³⁶. De este modo, los penados encerrados en el presidio, muchos de ellos soldados, continuaban, a su manera, librando otra guerra de análoga intensidad, aunque mucho más íntima que las que pudieran haber tenido durante sus años de servicio.

Antes de *Sous-offs* fueron otros los libros que pusieron en entredicho la moral y las costumbres del ejército francés, especialmente durante el cénit político del fenómeno Boulanger. Éstos fueron *Autour de la Caserne* de Paul Bonnetain (1858-1899), publicado en 1885; *Au port d'armes*, escrito por Henry Fèvre (1864-1937), en 1887, y, muy especialmente, en 1887, *Le Cavalier Miserey* de Abel

³⁴ ANÓNIMO: «Carencia de los medios coercitivos», *Revista de las Prisiones*, 2 (1901), p. 13.

³⁵ YGNIS-SULMEN: «Desde Portugal», *La Revista Blanca*, 150 (1904), p. 44.

³⁶ *Ibid.*

Hermant (1861-1950), al considerarse la primera manifestación antimilitarista de la burguesía literaria. Además, tras el proceso de Descaves, en enero de 1890, en el que tanto él como sus editores fueron absueltos, otros autores se unirían a esta corriente antimilitarista, entre quienes se encontraban el ya mencionado Georges Darien; Emile Pouget (1860-1931), con el periódico *Le Père Peinard*; Maurice Charnay, con su obra *Catéchisme du soldat*, escrita en 1894; Gaston Dubois-Desaulle (1873-1903); Laurent Tailhade (1854-1919); Jean Jaurès (1859-1914), y otros muchos más dentro de una larga lista de literatos que mostraron con su obra el descontento que sentían ante la realidad del ejército francés³⁷. Sin embargo, ninguno de ellos generó tanta expectación como Descaves con *Sous-offs*, ni tampoco pusieron de manifiesto los defectos de los estamentos militares de forma tan explícita, entre otros motivos porque la obra fue concebida más como un panfleto político antimilitar que como una novela en sí. Así lo definía el general Rau, como una «infâme libelle», en la requisitoria de su acusación contra Descaves, cuando el abogado defensor intentaba explicar la diferencia existente entre una novela y un panfleto político³⁸. En España, en 1901, *La Nación militar* coincidía con el juicio del letrado al calificar a *Sous-offs* de «subversivo libelo político», mientras que, a su vez, ensalzaba las cualidades literarias de *Le Cavalier Miserey* de Abel Hermant³⁹. Únicamente consideraba igualmente subversiva la obra *Un an de caserne* de Louis Lamarque, seudónimo de Eugène Monfort (1877-1936), publicada en 1901 con prólogo de Octave Mirbeau (1848-1917), porque se trataba de un relato de vida, basado en su experiencia en el ejército. Empero, al margen de todas estas obras, la única que denunció la «degradación moral» del soldado francés, y que fue también llevada a *Cour d'Assises*, fue *Élève-Martyr, le monde militaire* de Marcel Luguet (1865-19??), publicada en el mismo año que *Sous-offs*, y cuya crítica se basaba fundamentalmente en el vínculo existente entre los soldados y las prostitutas⁴⁰. Además, ninguna de ellas reflejó la realidad homoeró-

³⁷ Rafael NÚÑEZ FLORENCIO: *Militarismo y antimilitarismo en España (1888-1906)*, Madrid, CSIC, 1990, pp. 54-55.

³⁸ Lucien DESCAVES: *Sous-offs en Cour d'Assises...*, p. 26; citado por Gisèle SA-PIRO: «Pour un approche sociologique des relations entre littérature et idéologie», *COntEXTES. Revue de sociologie de la littérature*, 2 (2007), pp. 9-10.

³⁹ J. LLAVE: «Les tronçons du Glaive», *La Nación Militar*, 139 (1901), p. 258.

⁴⁰ Paul BLETON: «Les genres de la défaite», *Études françaises*, 34 (1998), p. 75.

tica entre sus líneas de un modo tan manifiestamente abierto como *Sous-offs*. En este sentido, diremos que sólo hay dos obras que son dignas de mencionar en relación con este aspecto: *Les Gaietés de l'Escadron* de Georges Courteline (1858-1929) y *Jean la Blonde* de un desconocido Herbert de Sainte-Croix.

Georges Courteline, *nom de plume* de Georges Moinaux, al igual que Descaves y otros autores que manifestaron en su obra un claro antimilitarismo⁴¹, basó sus escritos en la propia experiencia vivida en el seno del ejército. El dramaturgo hizo el servicio militar en *Bar-le-Duc*, en 1881, dentro del 13^e *régiment de chausseurs à cheval*, el cual inspiraría varias de sus obras, especialmente *Les gaietés de l'escadron*, para la que sólo cambió el número del regimiento, pasando a ser en éste el 51^e. *Les gaietés de l'escadron* apareció en 1886, en pleno ministerio del general Boulanger, considerándose «atrevida» por el tema que trataba y el periodo en que fue publicada, pero nunca fue penada, salvo por la censura de la *Direction des beaux arts*. Más bien ocurrió lo contrario, ya que *Le Figaro* consideraba que la crítica al ejército de Courteline mostrada en *Les Gaietés*, al igual que el resto de su producción, hacían de éste un *homme d'esprit*⁴². No hemos de olvidar que Courteline era, ante todo, un dramaturgo dotado de un «fino humorismo»⁴³, por lo que su obra iba a ser siempre vista desde el prisma de la ironía. A pesar de ello, aunque no hubiera sido así, George Courteline poseía suficientes conocimientos jurídicos para poder eludir cualquier situación comprometida a nivel legal, dado que había estudiado abogacía en París y colaborado con su padre, Jules Moinaux —un notable escritor jurídico conocido con el seudónimo de Désiré Moinaux (1815-1895)—, en la *Gazette des Tribunaux*.

En Courteline, la homosexualidad aparece como motivo de burla y escarnio, como tema habitual que servía de diversión o des crédito, hacia otros reclutas en las casernas del ejército⁴⁴, aunque

⁴¹ Ch. MALATO: «Georges Courteline, hijo espiritual de Molière», *La Revista Blanca*, 150 (1929), pp. 144-145.

⁴² J. H.: «Réponses», *Le Figaro. Supplément littéraire du dimanche*, 5 (1895), p. 3.

⁴³ César GONZÁLEZ RUANO: «Cinco bajas en la vida literaria de 1929», *La Libertad*, 3.003 (1929), p. 5.

⁴⁴ Este hecho se constata en los chistes que Vanderague hace con otros reclutas y oficiales en la cantina, siendo alguno de ellos aquel en el que habla del peregrino o viajero que frecuenta los hospicios buscando, en realidad, relaciones con otros

en ningún momento introduce un personaje que lo encarne de un modo tan explícito como Montserrat y Petitmangin en *Sous-offs*. Sin embargo, sí que lo hará en una historia que intercala dentro de *Les Gaietés*, donde cuenta las vicisitudes de un soldado llamado Lidoire por un compañero de habitación de nombre La Biscotte⁴⁵ —posteriormente, en 1892, publicaría la *Lidoire et La Biscotte*, la cual también fue censurada por la *Direction des beaux arts*. El pasaje narra cómo el oficial La Biscotte vuelve a la caserna completamente ebrio, tanteando en la oscuridad las literas, sin poder encontrar la suya, ni tampoco ser capaz de desvestirse para meterse dentro. Lidoire escucha los gemidos y el incomprensible parloteo de su compañero, ayudándole no sólo a desvestirse, sino a acompañarle al escusado para que pudiera orinar. Courteline dejará este pasaje en el momento en que dos sombras masculinas se entremezclan con la oscuridad del lavabo de la caserna. Al amanecer, La Biscotte se levanta avergonzado por su comportamiento y convencido de que había deshonrado al ejército, no viéndose merecedor ni siquiera de los galones que llevaba. Pese a ello, para ahogar su vergüenza, vuelve a emborracharse y la escena se repite de nuevo.

Esta historia demuestra que la prominencia de «fantasías» sobre la homosexualidad en el ejército era muy frecuente, y no sólo en cuanto a lo que atañe a las relaciones físicas entre los soldados o a las huidas alentadas por la *nostalgie de la boue*, sino también en un plano mucho más emocional. En ocasiones, al igual que ocurría con los colegios para señoritas⁴⁶, la camaradería entre dos soldados podía convertirse en un amor profundo. Este fenómeno acontecía en la obra de Herbert de Sainte-Croix, quien, en el verano de 1888, publicaba por entregas en *Le Petit Parisien*, *Jean la Blonde*. Pese a que la obra tuvo bastante éxito en la época, nunca llegó a editarse, aunque sí que lo hizo veinte años más tarde en España dentro de *El Imparcial*. La historia se situaba en los últimos años del Segundo Imperio, durante las campañas colonialistas del ejército francés, y cuenta la historia de un soldado de cierto aire

hombres más que la caridad: «Chasseur à l'hospice, chasseur à l'hospice. Au milieu de succer d'a réglisse. Se les calle avec des saucisses». Véase Georges COURTELINE: *Les Gaietés de l'escadron*, París, Éditions Littéraires de France, s.a. [1886], p. 74.

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 139-144.

⁴⁶ Richard CLEMINSON: *Anarquismo y homosexualidad*, Madrid, Huerga y Fierro, 1995, pp. 51, 54 y 57-68.

afeminado llamado Juan, al que se le había puesto el apodo de «la Rubia». Sus maneras, su porte y el trato que brindaba tanto a civiles como a militares eran exquisitos y ejemplares, cualidades que se sumaban al valor y a la destreza que mostraba en el campo de batalla, por lo que, en lugar de ser tachado de «esteta»⁴⁷ y poner en entredicho su masculinidad, se le admiraba y temía. Entre Juan y Silvano Mérande, un compañero de armas, irá naciendo un sentimiento cada vez más fuerte, mezclado incluso con el deseo físico, el cual se convertirá en amor cuando el travestido descubra la verdad de su sexo. Empero, poco durará esta relación, ya que de quien estaba realmente enamorado Silvano era de Juan y no de la hija de la condesa de Gunter, la auténtica identidad de la persona de quien se había prendado. Juan la Rubia entenderá el motivo del desamor de su camarada, manifestándose, entre lágrimas y sollozos, a su dama de compañía Madame Reyenne:

«—¡Usted no comprenderá nunca lo que pasa a Silvano!... ¡Yo, sí!... ¡Lo que Silvano amaba en mí era el ser excepcional y quimérico!... ¡era a Juan la Rubia!... ¡Un hombre como él, no podía amar sino a un ser extraordinario!... ¡No soy más que una mujer, y... Silvano ya no me ama»⁴⁸.

Aparte de la lectura feminista que pueda realizarse de esta confesión, no hay duda de que los sentimientos de Silvano muestran una clara tendencia homoerótica. *Jean la Blonde* no tuvo condena alguna por parte de la opinión pública, ni tampoco se ha podido encontrar ninguna denuncia a la misma, puesto que los valores militares no dejan de ensalzarse durante todo el relato. Sin embargo, nunca se llegó a editar, lo cual nos hace sospechar que el trasfondo de la relación entre Juan y Silvano fue mucho mejor entendida de lo que pudiera pensarse.

Todos estos relatos nos demuestran que la homoerótica que entre líneas se encontraba en las novelas de la *belle époque* de este ter-

⁴⁷ En *Sous-offs*, Monsarrat y Petitmangin también mostraban ser «estetas» al hacer colección de ropa blanca, de agua de *toilette*, de jabón, perfumarse, vaporizarse y depilarse con sus tijeras. Véase Lucien DESCAYES: *Sous-offs...*, p. 34. Además, según contaba el también suboficial Favières, por la misma caserna había pasado un sargento mayor muy distinguido, culto y elegante, de nombre Havre, que pronto logró la simpatía y admiración de todo el regimiento, pero que, al descubrirse que era un «sodomita», cayó en descrédito. Véase *ibid.*, p. 13.

⁴⁸ H. de SAINTE-CROIX: «Juan la Rubia», *El Imparcial*, 14.887 (1908), p. 6.

cer periodo republicano, partiendo del hecho de que la gran mayoría de éstas eran retazos de vida de sus creadores, eran una realidad palpable dentro del seno del ejército francés.

Conclusión

En 1898, Jules Lemaître (1853-1914) comentará en *Le Figaro* que tras la sombra de *Sous-offs* se hallaba oculta una gran parte de verdad de todo lo relatado en la novela⁴⁹. Para este escritor de drama francés, aunque no ocurría siempre, e independientemente del cargo que ocuparan, sí que existían ciertas «debilidades» entre los soldados franceses. Lemaître, al igual que la prensa francesa y española del periodo aquí tratado, nunca manifestó abiertamente que la homosexualidad era una realidad constatable en el ejército, pero sí que insistía en la necesidad de regenerar la moral de todos los estamentos militares. Algunos escritores franceses, basándose en su propia experiencia, se atrevieron a exponer en sus novelas aquellas escenas donde la moral dejaba de ser prioritaria, para dar paso a las bajas pasiones.

Es curioso que las denuncias contra la homosexualidad en el ejército, difícilmente pudieran hallarse en la prensa española. Dos son las posibilidades que explican este fenómeno: en primer lugar, el hecho de que no hubiera soldados, oficiales y suboficiales que manifestaran una clara tendencia homoerótica, algo que, por otro lado, era muy poco probable; y, en segundo, la posibilidad de que se intentara proteger la integridad de la institución militar, ya que el escarnio público que traería consigo la condena de un militar por homosexualidad sería equivalente a poner en entredicho los valores sobre los que se sustentaba toda la nación. Virtudes morales que se encontraban fundamentadas en el discurso patriarcal y cuya no adecuación conllevaba que la imagen del ejército francés quedara denigrada ante la de otros países, y especialmente ante Alemania. Recuérdense las palabras del coronel La Chapelle cuando aseguraba que el soldado francés era el compendio de las virtudes de todas las clases sociales.

En Francia, tampoco existen evidencias de que en este periodo de la Tercera República haya habido algún proceso ante los tribuna-

⁴⁹ Jules LEMAÎTRE: «Opinions à répandre. Sur l'armée», *Le Figaro*, 132 (1898), p. 1.

les donde se juzgara a un militar por su inclinación sexual homoerótica. Aunque si hubiera existido alguno condenado por homosexual, no hubiera causado tanta expectación como el *affaire* Dreyfus. En una sociedad imbuida por el discurso patriarcal, en el supuesto caso de que esto hubiera ocurrido, indudablemente no se hubiera escuchado ninguna voz que gritara un enérgico «J'accuse» por la defensa de este individuo, como hizo Zola en su día por el oficial de origen judío, dado que la condena hubiera sido unánime.

Asimismo, el público al que iba dirigido *Sous-offs*, y el resto de las novelas aquí tratadas, era sobre todo de una burguesía más bien culta que buscaba deleitarse con lecturas ligeras, cuya temática fuera afín a su realidad de vida. Puede que *Jean la Blonde*, por ser una obra publicada por entregas en *Le Petit Parisien*, llegara a un público más amplio, pero tampoco distaba demasiado en cuanto a nivel cultural si tenemos en cuenta el alto índice de analfabetismo de la época. Los hombres burgueses, en estos relatos sobre la vida en el cuartel, reconocían escenas de su juventud al servicio de la patria. Es probable que muchos de ellos no constataran la «degradación moral» que periodistas y literatos advertían en el ejército, pero era indiscutible que dicha moral se prestaba a ser más que cuestionada. Lo hacían, además, con cierta conformidad, en silencio, al aceptar, aun de forma inconsciente, la existencia de la homosexualidad en el mundo militar. En sus pensamientos podía advertirse un miedo a esa «degeneración» que se contraponía al «deber ser» expresado por patriotas y autores que destacaban la moralidad de la institución. Se trataba de un claro temor a que pudiera descubrirse una grieta en el compacto organigrama del discurso patriarcal de la heterorrealidad, que, pese a no gustar a las mentalidades burguesas de la época, en realidad ofrecía una visión holística mucho más coherente con la realidad del ejército. Con todo, salvo la práctica y consecuente condena de la sodomía, poco importaba que algunos soldados tuvieran ciertas inclinaciones de índole erótico-amorosa hacia individuos de su propio sexo, mientras que cumplieran con sus obligaciones y deberes con la patria.